

y los hombres se envolvían el cuello con las amplias corbatas de seda negra. ¡Cuán lejos está todo esto del siglo del cinema, de la T. S. H. y del deporte! Y sin embargo no han transcurrido sino cien años.

Schubert vive la existencia sana, sencilla y plácida de los artistas de su tiempo. Gusta de salir al campo con sus amigos, gusta de detenerse en alguna pequeña hostería o taberna, donde almuerza con la trucha que el mismo pescó y bebe vino del Rhin — ese maravilloso vino ligero y claro — y grandes chops de rubia cerveza.

Schubert pide a la música emociones, dicha, consuelo. Y la música derrama en su alma sus inefables consolaciones y puebla su espíritu de los más bellos ensueños. Todo, en el mundo se traduce, para Schubert, en música. Lee un poema de Goethe, "el Rey de los alisos" y, este joven que no había cumplido aún veinte años, escribe un lied admirable por él que pasa un soplo de misterio y de tragedia.

Schubert envió su lied al olímpico viejo de Weimar, pero Goethe no supo o no quiso comprender el homenaje — homenaje de un genio — de ese adolescente casi desconocido, descendiente de una modesta familia de campesinos. Tuvo Schubert que morir para que Goethe se conmoviera hondamente, al escuchar "El Rey de los Alisos", cantado por una famosa cantatriz alemana.

3

Muchos de los lieder de Schubert están llenos del espíritu de su época: romanticismo dulzón e ingenuo, lirismo un poco declamatorio. Por eso no llegan a nosotros. "Serenata" ya no nos ofrece más encanto que el de una evocación familiar, de un recuerdo un poco lejano y siempre querido: creemos oír la voz de una abuela de ancha crinolina y larga cabellera, modulando amorosamente la vieja melodía schubertiana. En cambio en Schumann — más refinado, más pudoroso — encontramos el acento de nuestras inquietudes y de nuestros desencantos.

La voz de Schubert nos llega — mensaje de amor y de belleza — en su "Sinfonía Inconclusa". Allí palpita su genio, allí viven su alma, su corazón y todo su dolor. Hoy que nos asombra Stravinsky, ese prodigioso arquitecto de los sonidos, ese poeta a la vez lúcido y fantástico; hoy que gustamos de soñar al conjuro de una página de Debussy y de Fauré; hoy que abandonamos el espíritu a la pureza y al misticismo de la "Sonata" para piano y violín de Frank nos deleitamos también con la "Inconclusa", así como nos deleitamos con la "Apasionata", con la "Sinfonía Pastoral" y con "Tristan". ¡Cómo amamos esa elegía patética y tierna, toda vibrante de sensibilidad, de vida interior y de pasión!

Hace diez y siete años que escuché por primera vez la "Inconclusa". Y apunté en un cuaderno, que todavía guardo: **Quisiera oír esta música en una hora de pesar y de tristeza porque estoy segura que me consolaría**

En la caja melodiosa, en el cofre sonoro donde busco, a veces, el acento de los grandes maestros, puedo escuchar, ahora, aquella música que mi adolescencia soñaba como consuelo a sus tristezas. Y el adiós de Schubert, esa expresión suprema de su genio y de su corazón son siempre, para mí, la embriaguez que me hace olvidar la vida, esta nuestra pobre y dolorosa vida.